

ANABAYULETI

Descendientes de los Toltecas, los Yaquis han heredado de sus antepasados el orgullo de cien generaciones de guerreros, y el valor indomable de la raza Nahoá.

Aman la libertad más que la vida, y odian al Yori con el odio salvaje de su casta, acumulado durante siglos por el atavismo y perpetuado por la educación maternal, desde la cuna.

Los Yaquis han luchado desde hace muchos años; primero, con las tribus indígenas vecinas; después, con los capitanes españoles; más tarde, con el Gobierno mexicano; y pudiera decirse que su historia es la historia de sus guerras.

Hostilizados por los Apaches y otras tribus, los Toltecas, antecesores de los Yaquis, abandonaron en 544 la ciudad de Tlapallan, situada probablemente en la confluencia del Gila y el Colorado.

Tras un viaje de ocho años, durante los cuales no cesaron de combatir con las tribus que encontraban á su paso, llegaron á la antigua Provincia de Sinaloa y allí siguieron combatiendo con los indígenas que habitaban aquella comarca, regada por las aguas del Yaqui, del Fuerte, del Sinaloa y del Mayo.

Indudablemente, aquellos indígenas eran muy inferiores á los Toltecas, que en breve tiempo los dominaron y quedaron dueños del campo hasta la fecha en que los españoles invadieron la provincia.

Sabido es que Nuño Beltrán de Guzmán fué el conquistador de las tribus habitantes en Chametla y Culiacán y que más tarde llevó sus armas hasta el Mayo y las riberas del Yaqui.

El primer combate que los belicosos Yaquis tuvieron contra las fuerzas españolas fué el día 5 de Octubre de 1533.

Los españoles, al mando de Diego de Guzmán, habían llegado el día 4 á la margen izquierda del Yaqui: pasaron dicho río el día 5, y después de algunas horas de marcha, vieron en la llanura una multitud de indios que venían á su encuentro, arrojando puñados de tierra para arriba, templando los arcos y haciendo visajes.

El jefe de ellos, que se distinguía por su vestido adornado con brillantes conchas, cuando estuvo á corta distancia de los soldados españoles, trazó con el arco una raya muy larga en el suelo, se arrodilló sobre ella, besó la tierra, después se puso en pie y empezó á hablar manifestando á los invasores que se volvieran y no pasaran la raya, pues si se atrevían á pasarla perecerían todos.

El jefe español contestó, por medio de un intérprete, que él y los suyos no iban á hacerles mal, sino á tenerlos por amigos; que volvieran á sus casas y les llevarán provisiones.

Los indios manifestaron que así lo harían, siempre que los españoles consintieran en quedar amarrados, ellos y sus caballos, y al efecto empezaron á preparar cuerdas que llevaban ceñidas al cuerpo; pero los españoles hicieron fuego sobre los indios con un cañoncito, y tras encarnizado combate, lograron dispersarlos y ocupar un pequeño pueblo abandonado, en el que curaron sus heridos.

Según el autor de la relación de este combate, desde su llegada á América jamás había visto á otros indios pelear tan bien y con tanto valor como los Yaquis.

El 20 de Octubre los españoles, después de haber curado sus heridos, regresaron, y el 29 de Noviembre llegaron á un pueblo, Tecomo, situado á unas cuantas leguas de Tamazula, y allí pudieron cerciorarse de que en aquellas costas habían estado antes que ellos otros españoles.

Ya en su tránsito por Tamazula, cuando iban en busca del Yaqui, habían visto á los indios con el cuello adornado con sargas de clavos de las cintas de los españoles, y llevando espadas sin guarnición, cuchillos y otros objetos de procedencia europea; pero no lograron averiguar su origen.

A su vuelta vieron en poder de una india un pedazo de capa de Londres, é inmediatamente procuraron investigar su procedencia, logrando descubrir lo siguiente: Varios extranjeros habían llegado en una embarcación á la boca del Río de Sinaloa, y teniendo necesidad de bastimento, saltaron á tierra en número de quince á veinte; se internaron siguiendo la orilla del río y llegaron á un pueblo, en donde rendidos por el hambre y la fatiga, se durmieron y fueron asesinados por los naturales, quienes en seguida sorprendieron y mataron á los que permanecían á bordo, de manera que no quedó vivo uno solo de los expedicionarios.

Los asesinados fueron el Capitán Diego Hurtado de Mendoza y la tripulación del navío que bajo sus órdenes había Hernán Cortés enviado de Acapulco el año anterior para explorar las costas de aquellos mares junto con otro buque, cuya tripulación pereció también casi toda á manos de los indios del Valle de Banderas.

Algunos días después de que Diego de Guzmán salió del Río Yaqui para regresar á Culiacán, llegaron á dicho río tres compatriotas suyos: Alvaro Núñez Cabeza de Vaca, Alonso del Castillo Maldonado, Andrés Dorantes y el negro Estevanillo: estos individuos eran los únicos supervivientes de la expedición de Pánfilo Narváez, que se perdió en la Florida en 1528.

Estos hombres, valientes y animosos, atravesaron á pie el gran Continente americano; desnudos ó cubiertos de pieles y en medio de miserias y peligros llegaron á la Costa del Pacífico.

En el Yaqui tuvieron noticias de los conquistadores que habían estado allí, y siguiendo sus huellas, lograron alcanzar en Ojitos, á seis leguas de la actual Villa del Fuerte, al Capitán Lázaro Cebreros, á quien apenas pudieron hablar, tal era su emoción.

Llevaban el pelo hasta la cintura, la barba hasta el pecho, iban descalzos, vestidos con pieles y sombreros de palma, y acompañados por una multitud de indios que los seguía y reverenciaba á causa de las curaciones que hacían.

Se reunieron á Diego de Alcaraz, que había sido enviado en su busca cuando se tuvo noticia de ellos, y se dirigieron al Río de Sinaloa, en donde eran esperados por Chirinos.

Allí, con los indios que no quisieron volverse á su tierra, fundaron los pueblos de Apucha y Popuchi, que después fueron refundidos en uno solo, con el nombre de Bamoa, único de dicha provincia en donde se hablaba el Pima originario del Gila, en tiempo de la conquista.

Después de Diego de Guzmán, varios otros Capitanes y algunos misioneros hicieron excursiones hasta las comarcas del Yaqui; pero la lucha de los Yaquis contra los conquistadores no empezó seriamente sino en 1599, fecha en que, con el carácter de interino, fué nombrado Capitán y Justicia Mayor D. Diego Martínez de Hurdaide, hombre de gran valor é inteligen-

cia, que sometió al dominio castellano las tribus de los ríos Fuerte, Sinaloa y Mocorito, que en su mayor parte se mezclaron con la raza conquistadora y se civilizaron.

Los Mayos, aunque sin mezclarse con los extranjeros y conservando la homogeneidad y pureza de su raza, pidieron la paz, que les fué concedida por Hurdaide, con quien celebraron por escrito un tratado de alianza ofensiva y defensiva.

Los valientes Yaquis permanecieron en plena rebeldía y vencieron al Capitán Hurdaide en tres combates sucesivos, quedando substraídos por algún tiempo á la autoridad del Gobierno, hasta que el pronunciamiento de un indio llamado Juan Lautaro, vino á cambiar el curso de los acontecimientos.

Juan Lautaro, aliado con Babilomo, cacique de los Zuaques, intentó sublevar todas las tribus y acabar con los misioneros y los conquistadores; pero fracasó por no haber podido conseguir el auxilio de los Mayos, que permanecieron fieles á su tratado.

Entre tanto, los Ocoronis, que también se habían sublevado, temerosos del poder español, trataron de refugiarse en el Mayo; pero fueron rechazados, y entonces se refugiaron en el Yaqui.

Los Yaquis acogieron á los fugitivos, les ofrecieron su protección y se aprestaron á la defensa.

Con este motivo, el Capitán Hurdaide resolvió emprender una campaña definitiva; marchó con cuatrocientos aliados y algunos españoles á la ribera del Yaqui y pidió que le entregaran á Lautaro, autor del pronunciamiento, y á los demás fugitivos.

El cacique Anabayuleti, que aparentaba amistad á los españoles, vino al campo de éstos acompañado de algunos de los suyos y ofreció entregar á Lautaro y á los demás rebeldes, siempre que el Capitán mandara algunos de sus soldados para que los recibieran.

De los indios que con tal objeto fueron enviados, sólo unos cuantos pudieron regresar al campamento castellano, pues los demás fueron cruelmente asesinados por los Yaquis.

En vista de semejante traición, el Capitán, que no llevaba fuerza suficiente para atacar, regresó á su villa, organizó una nueva partida, y volvió al Yaqui, llevando más de dos mil aliados Mayos y Tehuecos.

Se batió allí con bizarría; pero á ese pesar fué completamente derrotado por los Yaquis y perdió un gran número de soldados.

Ya en esta vez pudo el inteligente Capitán apreciar la importancia del enemigo con quien tenía que habérselas, y organizando un ejército de cuarenta españoles y cuatro mil aliados, el mayor que se había visto en la comarca, marchó de nuevo contra los Yaquis, y antes de atacarles les ofreció la paz mediante algunas condiciones.

Los Yaquis no dieron ese día respuesta alguna; pero al día siguiente cayeron sobre el campo español con increíble orden y asombrosa intrepidez; y aunque el Capitán se defendió heroicamente, y procuró retirarse á tiempo para salvar sus bagajes, no pudo conseguirlo.

En vano fué que con admirable valor se batiera cuerpo á cuerpo, tratando de proteger la retirada de sus tropas. Los Yaquis, irritados al ver caer á los suyos, le gritaban: «Mata, español, que bastantes quedan para acabar contigo,» y se lanzaban sobre él como panteras.

Obedeciendo sin duda un plan premeditado, los Yaquis suspendieron el ataque con el objeto de permitir que la desorganizada vanguardia del ejército castellano se empeñara en el paso más difícil de un bosque por donde tenía forzosamente que pasar, y cuando ya comenzaban á entrar los de la retaguardia sin que los primeros pudieran retroceder, volvieron á la carga con tal furia, que en menos de media hora convirtieron la retirada de los españoles en desordenada fuga.



GENERAL JOSE GUILLERMO CARBÓ

Los indios aliados se desbandaban precipitadamente, sin que fuera posible volverlos al combate, ni con golpes, ni con palabras.

Los diez y ocho españoles de la vanguardia resistieron algún tiempo, á pesar de que ya no tenían parque ni podían utilizar sus caballos, en medio de troncos y malezas, en tanto que los Yaquis, ocultos detrás de los árboles, hacían caer sobre ellos una lluvia de flechas; pero de pronto circuló la falsa noticia de que el Capitán había muerto, y aquellos diez y ocho valientes huyeron rumbo al Mayo.

El ejército quedó entonces reducido á unos veinte castellanos y cien indios que permanecieron al lado del Capitán; pero de los primeros, sólo nueve tenían fusiles útiles, y entre los segundos había muchos heridos.

Aprovechando sus últimos cartuchos con heróica serenidad y en orden admirable, fueron aquellos hombres defendiendo hasta ganar una pequeña altura, en la que agobiados por el hambre, el cansancio y la sed, quedaron sin esperanza de socorro alguno, rodeados por los Yaquis, que sin duda esperaban la noche para caer sobre ellos.

Todos hubieran perecido, á no ser por un ardid del Capitán, quien, para engañar á los indios, mandó soltar al empezar la noche varios caballos heridos ó cansados, que hostigados por la sed, bajaron en tropel, relinchando, y fueron perseguidos por los Yaquis, creyendo que por allí iban los españoles, mientras éstos, dejando hogueras encendidas y de trecho en trecho algunos objetos en que se entretuviese la codicia de los perseguidores, escaparon silenciosamente por otro lado, y caminando toda la noche, se hallaron al despuntar el día en las fronteras del Mayo.

Los fieles Mayos dieron hospitalidad al Capitán Hurdaide, que llevaba cinco heridas de flecha en la cara y en los brazos, aunque ninguna de flecha emponzoñada. Le trataron con generosidad y compartieron con él y los que le acompañaban sus escasos recursos.

De los españoles, algunos murieron en el Mayo, á consecuencia de sus heridas; y de los aliados, sólo unos cien volvieron al lado de su Capitán.

El resultado de la sangrienta victoria obtenida por los Yaquis, fué un hecho inexplicable: el vencedor pidió la paz al vencido.

¿Qué miras ulteriores trataba de ocultar el astuto Yaqui con esta sumisión inverosímil?

Las capitulaciones fueron firmadas el 15 de Abril de 1610, fecha en que quedó reconocido el dominio español.

Lautaro y Bahilomo fueron entregados y castigados con la muerte, y los Yaquis quedaron comprometidos á desocupar las tierras usurpadas á los Mayos y á no hostilizar en lo sucesivo ni á éstos ni á los demás aliados de los españoles.

Como se ve, los vencedores con las armas resultaron vencidos en las capitulaciones; pero en realidad esta sumisión fué sólo aparente, pues la tribu conservó de hecho su gobierno autónomo, y esto contribuyó á que conservase también su arraigado espíritu de independencia, factor importantísimo que determinó las frecuentes insurrecciones que efectuó más tarde aquella raza, nominalmente avasallada, pero nunca hasta entonces vencida.

Los Padres Andrés Pérez de Rivas y Tomás Basilio fueron los primeros que (en 1617) entraron á doctrinar aquella tribu.

La incomprensible capitulación de los Yaquis dió lugar á que las demás tribus de Sinaloa pidieran á su vez la paz, y á que toda la provincia quedara por fin sometida á la Corona de España.

Desde el año de 1626 en que murió el insigne Capitán D. Diego Martínez de Hurdaide, hasta el de 1734, en que tomó posesión del Gobierno de las cinco provincias separadas de la Nueva Vizcaya, el Sr. D. Manuel Bernal Huidrobo, los Yaquis permanecieron en las mismas

condiciones de sumisión aparente en que los hemos visto después de su última victoria, y sólo de vez en cuando se rebelaban contra los conquistadores ó contra los misioneros, sin que sus rebeliones llegaran á tomar proporciones alarmantes.

En 1735 tuvo el Gobernador Huidrobo que ir á la Baja California para reducir al orden á los indios que allá se habían sublevado, y durante su ausencia comenzaron los Yaquis á agitarse y se quejaron ante D. Manuel de Quiroz y Mora, Alcalde mayor de Ostimuri y Yaqui, del tratamiento vejatorio de dos mayordomos que tenían los padres jesuitas, pidiendo que los substituyeran con otros de su nación.

El Alcalde pretendió hacer justicia; pero los jesuitas intrigaron. Quiroz fué destituido, preso y sujetado con grillos, y los mayordomos siguieron en sus puestos.

En vista de este resultado, los indios nombraron á dos Yaquis de los de su mayor confianza para que llevaran á México sus quejas. Los enviados permanecieron en la capital más de dos años sin obtener lo que pretendían, y esto determinó el año de 1740 un terrible alzamiento general de Yaquis y Mayos que, capitaneados por un indio llamado Calixto, hicieron horribles destrozos y causaron muchas desgracias, sobre todo en la provincia de Ostimuri.

Ya en esa fecha el Gobernador Huidrobo había regresado á la Villa de Sinaloa, de donde salió con tropas suficientes para reprimir á los rebeldes, y llegando á la frontera del Yaqui, se hizo fuerte en la Hacienda de los Cedros de Lucenilla; pero habiendo sabido que iba á ser atacado por considerable número de enemigos, huyó de noche para Alamos, lo que le valió una acusación ante el Gobierno virreinal.

Desde Alamos, y ya más tranquilo, pudo tomar algunas providencias: Mandó que se situara en la frontera de Tecoripa al sargento mayor de milicias, D. Agustín Vildósola, quien tuvo la fortuna de derrotar á los indios en dos combates sucesivos, de los cuales el segundo fué muy sangriento y costó muy caro á los rebeldes.

Entre tanto, los dos indios que estaban en México, habían ya regresado, y presentándose al Gobernador, obtuvieron permiso para ir á calmar á sus compatriotas, lo que consiguieron, salvando así la vida del Cura de Bayoreca y otras muchas personas á quienes los rebeldes tenían ya en capilla para matarlos al día siguiente.

A conducta tan noble y acción tan generosa correspondió él, ya entonces Gobernador Vildósola, aprehendiendo y pasando por las armas en el pueblo de Buenavista á los tres jefes indios Calixto, Muni y Bernabelillo.

Pasó el tiempo: los indios continuaron, al parecer, sometidos á la autoridad española; pero en realidad, conservando su autonomía, gobernados por sus caciques y en un estado que pudiera llamarse de paz armada.

Estalló la gloriosa insurrección nacional en 1810 y las tribus de Sonora presenciaron impasibles la heroica lucha del pueblo mexicano; pero aprendieron mucho de los caudillos que habían logrado á costa de su sangre y de su vida la independencia de su patria.

En 1825 un indio astuto y muy inteligente, Juan Banderas, empuñó el estandarte de la rebelión, tomando como enseña una imagen de la Virgen de Guadalupe, por la que se decía inspirado, y proclamó un plan soberbio: la reconciliación de todas las tribus, la unión de todos los indios en un gobierno propio, bajo una misma bandera y el completo exterminio de los crueles y ambiciosos Yoris.

El primer inconveniente, dice Nicolí, á que dió motivo la revolución de Banderas y de los hermanos Ópatas Virgen y Dolores Gutiérrez, fué impedir que se promulgase la Constitución que dió el Congreso Constituyente reunido en el Fuerte, para Sonora y Sinaloa.

Calmada la insurrección por causas que no dicen los historiadores, llegó á creerse por el momento que las tribus Yaqui y Mayo habían entrado en una esfera de orden y de quietud;

pero esta creencia fué desmentida por el nuevo levantamiento de Banderas, ejecutado en 1826, y que amenazaba con una guerra de castas tan cruel como la primera. Esta segunda insurrección de los indios obligó al primer Congreso Constitucional del Fuerte á emigrar á Cosalá, buscando seguridad para sus deliberaciones.

En aquellos días continuaba discutiéndose con calor el pensamiento de separar á Sonora y Sinaloa, formando de aquellos pueblos dos entidades autónomas en cuanto á su régimen interior. Comisionados salieron para la capital con aquel objeto; la prensa hizo una propaganda ruidosa en favor de la división, y al fin fué decretada, dándose Sonora, en la ciudad de Hermosillo, una Constitución el año de 1831.

El Congreso de la Unión, que en los comienzos de nuestra vida pública, se creía competentemente autorizado para brindar con la panacea de la indulgencia que había de curar los males políticos, no tuvo inconveniente en canonizar con una resolución los atentados cometidos por las tribus insurrectas de Sonora.

Sangre y dinero habían costado las dos revoluciones de 25 y 26, y el Congreso cubrió con un velo los crímenes, enviando el indulto á los revolucionarios. No se conformó aquel cuerpo deliberante con esta decisión, sino que concedió á las dos tribus el raro privilegio de continuar viviendo con sujeción á leyes propias y bajo la autoridad de un cacique de su raza, que estaba pagado por el Erario, con el tratamiento de General del Yaqui.

La respuesta á estas liberalidades del Congreso no se hizo esperar mucho tiempo.

En 1832 volvió Juan Banderas á empuñar el estandarte de la rebelión. Deseando dar latitud á su plan de campaña, abandonó las márgenes de los ríos Yaqui y Mayo, tomando el camino de Onavas y Soyopa para ponerse en contacto con los Ópatas, y dar con la alianza de esta tribu valerosa más importancia á la revolución.

El plan del cacique era acertado si hubiera podido llevarlo á cabo; pero en esta vez la fortuna le volvió las espaldas, fué derrotado, hecho prisionero y fusilado en unión de su segundo, Dolores Gutiérrez, en la Ciudad de Arizpe, capital que era entonces del Estado de Sonora.

Juan Banderas era un valiente y astuto jefe, dotado de una inteligencia poco común y poseyendo esa oportuna elocuencia que en los combates enardece al soldado y lo impulsa al heroísmo.

Si no pudo realizar su ideal revolucionario, sí familiarizó á los indios con el uso de las armas, enriqueció las poblaciones del Yaqui y del Mayo con el botín arrancado á otros pueblos, lanzó de sus dominios á la *gente de razón*, como llaman á la casta civilizada, y detuvo por algunos años la marcha progresiva que en Sonora se iniciaba.

Es verdad que los caudillos de aquellas tres revoluciones pagaron con su vida los crímenes que envolvían; pero la atmósfera en que los indios continuaban viviendo estaba saturada de ideas revolucionarias y de cierta convicción que empezaban á adquirir de su influencia en los destinos locales, creencia que ha llegado á trascender en el curso de muchas generaciones.

Desde luego ya se disponían á entrar como elemento de fuerza en la lucha de los partidos políticos, que de un modo sangriento empezaban á disputarse la supremacía del poder en el Estado de Sonora.

El Sr. Ignacio Zúñiga, que escribió en 1835, se expresaba de Banderas en los términos siguientes:

«Ha hecho hasta ahora este pueblo tres sublevaciones sangrientas y desastrosas, pues en todo es extremado: el primer levantamiento fué hacia los años de 35 á 40 del siglo pasado, y los otros dos el de 25 y 32 de éste, causando males y calamidades incalculables, debidas al genio extraordinario que desplegaban sus cabecillas, lo que hace más temible y peligrosa la gue-

rra. El Jefe de estas dos últimas ha sido el indio Banderas, General de la nación, hombre de genio para manejar y entusiasmar á sus secuaces, dotado de imaginación fogosa, de elocuencia y de un talento raro, con lo que pudo haber hecho mucho mayores males si sus planes hubieran sido secundados. Hizo fabricar pólvora y se procuró por todos los medios posibles armamento y hombres que lo supieran manejar: á los desertores los acariciaba y distribuía de un modo que le fueran útiles y no le causaran mal en caso de defección. Concibió el plan de coronarse rey y de efectuar una reconciliación general entre todas las tribus para el establecimiento de su monarquía y sostén de la causa de los indios contra los blancos. A este fin mandó comisionados á las otras tribus, encargados de mensajes capciosos y lisongeros, para invitarlas á formar causa con él. Les recordaba todo aquello que más debía moverlos como es la cuestión de tierras: les pintaba á nuestra raza como ambiciosa y dominadora y empleaba las antipatías, el despecho y la venganza, pasiones comunes á todos los indios, para concitarlos á concurrir á la combinación de sus movimientos militares hacia el interior de sus pueblos.

«Por fortuna nuestra, ni son tan avisadas las naciones vecinas, ni tuvo tiempo para perfeccionar un plan ingenioso y bien meditado, que debía proporcionar inmensas ventajas al que se propuso seguir sobre los pueblos de Onavas y Soyopa, con la mira de efectuar y proteger una insurrección de la Opataría. Este caudillo, valiente y ambicioso, murió fusilado en Arispe, dejando una memoria entre los suyos que acaso concurrirá eficazmente al desarrollo de sus doctrinas, que un día pueden ser funestas. Ellas han sido sembradas: si se las deja germinar, propagarse y crecer, ¿no producirán su fruto?»

«Por otra parte, la guerra ha sido para los Yaquis un manantial de goces y bienes que les ha proporcionado un botín cuantioso, y la libertad de obrar como señores absolutos en las vidas y fortunas de nuestros compatriotas: les ha servido igualmente de escuela en que han aprendido á manejar las armas y á hacer la guerra con regularidad y ventajas; á romper todos los vínculos de la obediencia y sumisión á las leyes y autoridades dejándoles en posesión de esas granjerías, armados y ostentando un aspecto alarmante y amenazador; pues por desgracia la paz se ha hecho con todas esas ventajas para ellos, como que ha sido dictada por la imperiosa ley de la necesidad».

El Sr. Zúñiga, contemporáneo de Banderas, fué Comandante de Pitic, conocía muy bien las condiciones en que por aquella época se encontraba el Estado de Sonora y previó desde aquel tiempo que la campaña contra los Yaquis llegaría á hacerse interminable si no se tomaban enérgicas medidas contra la insolente actitud de los indios: en su citada obra dice también lo siguiente:

«El indio Banderas fué uno de los Capitanes generales de la nación y el principal agente de las dos sublevaciones del año de 25 á 32; las doctrinas de este bandido, y las grandes riquezas de todas clases que proporcionó á los indios, serán por mucho tiempo el cebo de frecuentes rebeliones é incursiones; pues les llegó á pintar que ellos eran los propietarios legítimos de cuanto había; y les enseñó á vivir del robo, lo que no olvidarán fácilmente, si no es que el castigo sea tan ejemplar y ejecutivo, que siga de cerca al delito. Actualmente es Capitán general el valiente indio Jusacamea, rival de Banderas, que con su gente es la única fuerza que contiene y refrena el Yaqui.

«Antes de la sublevación del año 25 era muy considerable el vecindario *de razón* diseminado en el interior de todos los pueblos del Yaqui y Mayo y mucho mayor el número de los que poblaban multitud de ranchos y haciendas de las inmediaciones. La mayor parte de este vecindario emigró, dejando desiertas y en una desolación espantosa muchas leguas en contorno que fueron arrasadas, y los bienes de campo trasportados á las marismas ó islas del Yaqui. Es pues de notarse que han inspirado tal pavor y se tienen tan poca seguridad de las paces y buena

fe de estos indígenas, que cada día se teme un nuevo levantamiento. Por esto los campos permanecen desiertos, errantes y privados de sus propiedades los vecinos que antes las tuvieron dentro de los mismos pueblos de uno y otro río, y todo el Estado alarmado y en espera de esa calamidad más, que venga á regravar los males públicos ya demasiado pesados é insoporables.

«Por desgracia, hasta ahora permanecen impunes los atentados de las dos sublevaciones y los Yaquis en posesión de un inmenso y cuantioso botín, que han ido consumiendo paulatinamente y sin que nadie los moleste para nada; el castigo de Banderas y de algunos otros que se han fusilado, son ejemplares aislados que para los indios pasan más bien por actos de venganza. Banderas y sus compañeros fueron presos en Soyopa, mediante una emboscada en que se les sorprendió: otro indio célebre, cuyo nombre no recuerdo, fué entregado por los mismos Yaquis, entre quienes tenía partidarios y enemigos. Por último, las tentativas de sublevación de los pueblos de Torín el año pasado, fueron castigadas por Jusacamea y su gente; que por otra parte, es la única fuerza destacada en el Yaqui para su tranquilidad. Y ¿este miserable remedio no podrá ser mañana el origen de males sin cuento? Jusacamea es indio y lo son sus compañeros: ha sido fiel y decidido porque viviendo Banderas y Juan María, no tenía un punto seguro para él y sus gentes en uno y otro río y el instinto de conservación no le ha dejado la lección de otro partido, que el de pelear contra sus enemigos; pero ¿será prudente mantenerlo dueño absoluto de la fuerza armada y árbitro soberano de la nación? Ese orden de cosas no inspira confianza y presenta fundados y prudentes motivos de recelo.»

Jusacamea no tuvo tiempo ni oportunidad de sublevarse, pues los disturbios y contiendas que surgieron en el Estado hicieron que los indios, instigados por los revolucionarios, se afiliaran en uno ú otro bando y siguieran la suerte de los partidos porque luchaban.

Durante este período, y debido á la terrible persecución que les hizo el General Urrea, murieron varios de los guerreros Yaquis que tenían más influencia sobre la tribu.

Dice Don José Francisco Velasco, cronista de aquellos tiempos:

«En 1838, el Comandante general D. José Urrea y el Gobernador D. Manuel María Gándara, se pronunciaron por la Federación; cuando el segundo formó la contrarrevolución contra el primero y su partido, ambos jefes no descuidaron en mover las castas para engrosar sus filas».

Los Yaquis y los Mayos tomaron en esta lucha una actitud decisiva en favor de Gándara, y como eran tribus importantes y algo civilizadas, la atención de Urrea y de sus partidarios tuvo que concentrarse sobre *los dos ríos*.

El general Urrea llevó personalmente la guerra al corazón mismo de los bosques habitados por los indios, trató á estos muy cruel y duramente, y sacrificó sin piedad un gran número de Yaquis y de Mayos.

La crueldad, no sólo pesaba sobre la vida de los indios, sino también sobre sus propiedades.

José María Armenta, alcalde de los ocho pueblos del Yaqui, se quejaba con amargura en una nota de que el Supremo Gobierno hubiera mandado al general Urrea más que como padre justo y piadoso, como padre vengativo, aludiendo sin duda á la determinación de estancar las salinas, que desde tiempo inmemorial usufructuaban los Yaquis.

Durante el año de 1865, los Yaquis y los Mayos, instigados por algunos de los traidores que combatieron en favor de la invasión francesa, tomaron parte en la lucha, y cuando el General Rubí llegaba á Mocerito, recibió dos comisionados enviados por Rosales para decirle que, por extraordinario violento venido de Alamos, Estado de Sonora, se le hacía saber que dicha ciudad estaba amagada por una fuerza francesa desembarcada en Guaymas, y se encontraban ya sublevando los pueblos Yaqui y Mayo.